

Cristina de Suecia, echando de menos un trono del que había bajado voluntariamente; á Pedro el Grande, anhelante de trasladar á sus rigurosos climas un ingerto de aquella brillante civilización; á los Estuardos, que no creían irreparablemente perdido su cetro mientras que Luis XIV se dignase sonreírles. Los misioneros escribían de la China que la gloria de aquel gran nombre había llegado hasta allí. Salvajes que el rey se lisonjeaba de haber convertido al cristianismo, llegaron de Africa; y hasta se arreglaron con tanta destreza, que llegó á Paris un embajador de Siam. ¿Qué cabeza hubiera podido resistir á la embriaguez de estas lisonjas? El entusiasmo que inspiraba nos es atestiguado por el cuidado que se ha tenido de transmitirnos los más frívolos detalles de su vida; por el respeto que se tenía á lo que se hubiera creído culpable imitar; por el desprendimiento con que se prodigaban por él los bienes, el talento, la sangre y hasta la reputación. Aun más, sus contemporáneos le creyeron de elevada estatura, hasta el momento en que violando su tumba la Revolución para arrojarle en una cloaca, le midió, y le encontró más bien bajo que mediano; ¡tan grande era la ilusión de todo el mundo por la continua pompa de que se rodeaba! La adulación procuraba no poder inmenso á sus ministros, que sin cesar tenían ocasión de incensar al amo y repetirle que era el más grande capitán, el hombre de Estado más prudente, el crítico más sagaz del mundo; y creía que todos le obedecían, porque se apropiaba lo que le habían sugerido; creía gobernar por sí mismo, porque firmaba los edictos y las ordenanzas, y para ser omnipotentes no tenían los ministros más que persuadir al rey que lo hacía todo.

que á 187.000.000 de libras, incluso la compra de fieras, cuadros, medallas, cristales, ágatas, etc. Es mucho, pero no llega á 1.200 millones como Mirabeau lo afirmaba en la tribuna. Guillaumot ha calculado también que Luis XIV gastó en otros edificios y manufacturas, para utilidad ó gloria del Estado, 307 millones, á saber:

En el Louvre y las Tullerías.	21.217.938 pts.
En San German en Laye.	12.911.123 »
En Fontainebleau.	5.547.493 »
En Chambord.	2.451.403 »
En el arco de triunfo de San Antonio.	1.027.511 »
En el Observatorio.	1.150.248 »
En los Inválidos.	3.420.664 »
En la plaza Vendome y en el convento de Capuchinos.	4.125.395 »
En el Val de Gracia.	740.567 »
En las Anunciadas de Meulan.	176.825 »
En el canal del Languedoc.	15.473.111 »
En los Gobelinos y la Jabonería.	7.291.896 »
En las manufacturas de las provincias.	3.959.980 »
En pensiones y gratificaciones á los literatos.	3.414.297 »

Valuando siempre el marco de plata en 52 libras, al paso que no valía entonces, como ya hemos dicho, más que 2793.

No debe pues, causar admiración que Luis XIV no considerase ni lo refiriese todo más que á sí mismo; teniendo por esta razón envidia de todo mérito superior. Al mismo tiempo que nivelaba á sus súbditos, atacando á los que eran superiores en algo, quería que toda justicia y favor procediese de él, como también las distinciones, para las cuales encontraba hábilmente un motivo en las menores bagatelas. Quinientas personas fueron admitidas al honor de verle afeitarse ó ponerse los calzones; toda la ciudad aspiraba al de asistir á su comida. Se purgaba y tomaba vomitivos en presencia de los más grandes señores. Hasta la edad de treinta y dos años bailó, admirando á toda la corte por la agilidad de sus miembros. Los viajes, las fiestas y los paseos eran para él un continuo motivo de distinguir á unos y mortificar á otros. Además, á las distinciones efectivas sustituía las ideales, estimulando los celos y las esperanzas con cada una de sus acciones. Después de haber agotado los títulos y las condecoraciones, inventó una casaca de un corte particular, que no podía usarse sino en virtud de un despacho real. El honor de ponerle la camisa, presentarle su bastón, tener su sombrero ó la palmatoria cuando decía sus oraciones; sus diferentes modos de saludar, inclinándose más ó menos, eran otras tantas cosas calculadas, y en su consecuencia ambicionadas. Quería que se le desease, y por esto tenía gran cuidado en examinar quién asistía ó no cuando se levantaba, y quién se presentaba en su antecámara y en sus fiestas. No tenía que esperar empleo el que no era asiduo, y contestaba á las solicitudes: *¡No le veo nunca!*

Era también admirable el modo con que hacía un regalo, decía una gracia, y cuán á tiempo sonreía. Cuando Bossuet comenzó á ser célebre, hizo escribir á su padre felicitándole por tener tal hijo. Hasta en sus reprensiones usaba de una estremada delicadeza. Así fué que cuando Lauzun rompió su espada en su presencia, jurando que no quería servir á un rey injusto, arrojó por toda respuesta su bastón por la ventana, exclamando: «Nunca se dirá que he apaleado á un caballero.» Estos buenos modales constituyeron el carácter de la sociedad de aquel tiempo.

«Nadie igualaba á Luis en las fiestas, en las revistas y hasta en la menor acción. Su modo de andar, su porte, su aspecto, todo era medido, conveniente, noble y majestuoso, y sin embargo, natural; unía á esto un carácter al cual la costumbre, la ventaja incomparable y única de su persona proporcionaban gran facilidad. Así era que en las causas serias, en las audiencias de los embajadores, en las ceremonias nadie impuso tanto como él; y era preciso acostumbrarse á su voz, si no se quería correr el riesgo de cortarse arengándole... Sus respuestas eran concisas, exactas, llenas de vigor, y rara vez carecían de algunas palabras graciosas, y hasta aduladoras, si los discursos lo merecían... El respeto que su presencia inspiraba,

en cualquier punto que se presentase, imponía silencio, y hasta una especie de espanto.» (14) Por esto la señorita Scudery decía que hasta jugar al billar conservaba el aire de señor del mundo.

Tenia todos los días en la corte doce mesas, en las que se servían á los oficiales de la casa del rey, á los extranjeros invitados á un banquete tan suntuoso como en otras partes los de los soberanos. En los pequeños aposentos de Marly, todas las damas encontraban en su habitación un tocador, en que no faltaba más que el pensamiento. En las grandes recepciones se adornaba Luis XIV con todo lo que podía contribuir á hacer resaltar sus gracias y la dignidad de su persona. Multitud de encajes guarnecían sus mangas y el pecho, y á veces se presentaba con 8 ó 10 millones de joyas. La magnificencia y los placeres del talento se unían para embellecer su corte. Se improvisaban pórticos, teatros, anfiteatros; los torneos de los tiempos caballerescos se mezclaban á los dramas del siglo presente, y las divinidades paganas á las personificaciones.

En las fiestas de Versalles del mes de mayo de 1664, seiscientas personas de la corte y su comitiva fueron sostenidas de los fondos del rey con todas las personas de su servicio. El primer día hubo una revista de los que debían figurar en un torneo. Desfilaron precedidos de heraldos, pages y escuderos, con divisas y escudos, en los cuales estaban inscritos versos de Perigny, Benserade y otros poetas que sabían unir la delicadeza á diestras alusiones, en la clase de composición entonces en moda. Iba el rey á caballo, resplandeciente con el brillo de los diamantes de la corona que llevaba todos encima. Cerraba la cabalgata un carro del Sol, muy elevado, al que rodeaban las cuatro Estaciones, las cuatro Edades, las Horas, los signos celestes, adelantándose al alternativo sonido de las trompetas, cornemusas y violas. Iban después personajes que recitaban versos á la reina, que rodeada de trescientas damas, se ostentaba bajo arcos triunfales. Después de las carreras y al concluirse el día, la fiesta, cuyas diversiones se continuaron, fué iluminada por cuatro mil antorchas, sirviéndose mesas para doscientas personas que figuraban faunos, silvanos, driadas, estaciones, pastores, vendimiadores y segadores. Hallándose Pan y Diana en una montaña movable, bajaron de ella para poner en las mesas todo lo más esquisito que producen los montes y campos. Después se descubrió de repente detrás de las mesas un teatro semicircular, lleno de músicos, iluminado como toda la escena, con candelabros de plata, y cerrado con una balaustrada dorada. No continuaremos la relación de aquellas fiestas que duraron siete días, y durante las cuales ganó Luis XIV cuatro veces el premio de los juegos, que dejó después á los de-

más caballeros disputarse. Las mil alusiones de Molière, en *La princesa de Elida*, causaron gran placer á aquella brillante asamblea.

Tanto fausto debía formar gran contraste con la sencillez de los holandeses, entre quienes el grande Witt no tenía á su servicio más que un criado, y el almirante Ruyter, después de señaladas victorias, llevaba él mismo su maleta desde abordó á su casa, sin haberse metido nunca en un coche. Esta sencillez tenía que ser más odiosa á Luis XIV, pues personas que tienen pocas necesidades con dificultad se dejan corromper, y de Witt fué, en efecto, el único que permaneció firme á sus espléndidas seducciones.

Pero el mérito de Luis XIV es haber fundado una parte de la ciencia del gobierno en la cultura de la corte y la dignidad de la nación. Chocando á las imaginaciones conseguía su objeto, que era sacrificar impunemente los intereses del pueblo, hacer necesaria la atmósfera real á los señores que abandonaban por la corte sus castillos donde existían recuerdos de resistencia. ¿Qué se hace? ¿qué se dice en la corte? Esta era la pregunta general. La corte era el centro de todas las intrigas y el modelo de la elegancia. Encontraban allí placeres para toda edad y todo sexo: veían burlarse de las virtudes domésticas y la sencillez de los campos, ridiculizar en mascaradas y comedias á los nobles campesinos, de manera que la alta insolencia se cambió en servilismo. Algunos destierros y beneficios bastaron á extinguir el espíritu de oposición, reducido por entonces á pueriles intrigas. Los príncipes, que en otro tiempo asustaban á la corte, retirándose á sus tierras, iban dócilmente á constituirse presos en la Bastilla, á una orden del ministro. Los grandes señores olvidaron su antigua independencia para ir á representar el papel de cortesanos; los enormes gastos á que se vieron precisados disminuyeron de fortuna, y con ello el respeto que se les tenía. Para remediarlo, buscaron alianzas que desdeñaron en otro tiempo; la gente de negocios se unió á la nobleza, y las distinciones desaparecieron poco á poco en medio de aquel fausto universal.

Era necesario atender á esta nobleza necesitada, y Colbert desesperaba de poderlo conseguir; pero Luis XIV los convertía en instrumentos de su ambición. Aumentó el número de los oficiales, fraccionando el ejército; abrió á los caballeros el recurso del comercio marítimo; pero la preocupación los alejaba de él, y entonces se introdujeron los caballeros de industria. La nobleza aduló al amo para obtener títulos y pensiones; estableció máximas opresivas con respecto al pueblo; en medio de un lustre prestado y de un poder artificial, perdió toda la fuerza como cuerpo político, por carecer de los dos vínculos que la constituían, los Estados Generales y el servicio militar. Refundida en el ejército, se acostumbró á una sumisión á que se hubiera negado como vasalla, y sufrió que la antigüedad de la raza quedase subordinada á la del servicio.

(14) *Memorias de SAINT-SIMON*. Este es ciertamente el libro más curioso de aquella época.

Todos tenían libertad de hablar al rey, pero sólo cuando iba y volvía de misa, ó pasaba de un aposento á otro; así era que se limitaban á dirigirle dos palabras á las que inevitablemente contestaba: *Veré*. De esta manera todo quedaba á disposición de sus ministros, hasta las cartas más confidenciales. Si alguno (caso muy raro) podía llegar hasta él, le encontraba deseoso de la verdad, fácil en desengañarse, sufrido con la contradicción; así era que los que le rodeaban tenían gran cuidado de alejar de él á todo el mundo, á fin de que su excesivo poder no se disminuyese. Pero, como consecuencia de la ilusión natural en los talentos limitados, creía obrar por sí mismo cuando no hacía más que seguir la voluntad de otro. «Estaba persuadido que se reina con el trabajo; que el oficio de rey consiste en dejar obrar el buen sentido; que un rey debe decidirse él mismo, porque la decisión necesita un talento de amo, y en el caso en que la razón no aconseja, debe fiarse de los instintos que Dios ha concedido á todos los hombres, y principalmente á los reyes.» (15) ¡Estraño orgullo creer en una inspiración reservada particularmente á los soberanos! En su consecuencia, miraba como un esfuerzo de aplicación el tiempo que perdía en minuciosidades. Atribuía una importancia suprema á los consejos de Estado, como si con ellos hubiese dirigido el mundo. Pero en realidad aunque distante de tener la comprensiva mirada de Richelieu y Mazarino, como también su constante voluntad, se dirigía por capricho y por pasión; preocupado con los detalles, incapaz de grandes proyectos, ignoraba la moderación, que es un medio de fuerza; no consultaba más que su gusto en la elección de sus ministros y secretarios, prefiriendo á aquellos que no manifestaban superioridad de talento, que parecían ignorar con frecuencia y aprenderlo todo de él. Según el dicho del canciller Tellier, de veinte asuntos que se le presentasen decidía diez y nueve con arreglo al parecer del ministro; pero para dar á conocer que él era el rey, se reservaba contradecirle en uno, sin motivo aparente; y á veces era tal vez para que se le recomendase de nuevo.

Quería que se le tuviese al corriente de todas las frivolidades, galanterías y bagatelas. En su consecuencia, multitud de emisarios le referían mil anécdotas por las cuales concedía ó retiraba su favor. Se decidía de esta manera por las personas; y cuando se engañaba, toda manifestación era inútil para hacer que revocase la sentencia que había pronunciado. Mientras tuvo en su derredor hombres superiores que le había dejado Mazarino, calculaba con prudencia, ejecutaba con precisión, preparaba los acontecimientos en lugar de aguardarlos, y hacía concurrir á sus fines á los hombres, á la época y á las circunstancias. Pero lo que prueba que no había presidido la buena elección en los primeros es que la de los últimos fué muy mala. En

(15) *Memorias de Luis XIV*, t. I, pág. 19, 21, 23.

efecto, al revés de los demás soberanos, fué político en su juventud, aprovechándolo todo para conservar la paz y evitando comprometer su hermosa marina; al paso que avanzando en edad, se arrojó con furor á guerras que no estaban motivadas, y atrajo sobre la Francia los odios y las desconfianzas reunidas sobre la casa de Austria. Fueron la causa los ministros, y las rivalidades entre Louvois y Seyguelay costaron á la Francia torrentes de sangre. Luis XIV tenía también cualidades propias para impedir que las de los demás se desarrollasen. Su deseo de grandeza hacía que toda importancia personal de nacimiento, gloria y talento le incomodasen. Alejó á los príncipes de la sangre del consejo, y después del mando de las tropas. Tenía envidia tanto de la habilidad de Colbert y de Lionne, como del valor de Condé y de Luxemburgo. Así fué que el arte de los que supieron cautivarle consistió en no dejar conocer su talento y disimular su imperio, que en Lionne pareció el resultado de prudentes consejos, en Louvois el de la adulación, y en madama Maintenon el del amor.

Cuando el rey no era ya solamente el primero de los poderes, sino que concentraba en sí todos los elementos de la sociedad, adquirió su vida privada importancia, pues comunicaba al Estado las debilidades de la naturaleza humana. Maria Teresa, mujer de Luis XIV, tuvo siempre costumbres muy puras, pero un ánimo muy débil. Incapaz de sostener una reunión y poniéndose en ridículo por celos, no supo encadenar el corazón del rey, quien se dió sucesivamente una serie de queridas, de las cuales algunas han llegado á ser tan célebres como él mismo.

La Vallière, 1644-1710.—Luisa Francisca de Blanc, de la Baume, se enamoró en secreto del rey, por quien rechazó los homenajes y la mano de varios pretendientes, hasta el momento en que habiendo conocido el secreto que ocultaba, correspondió el rey á él, y triunfó de la virtud y piedad de aquella joven enamorada. Conservó el pudor, aun después de haber perdido la castidad, y evitando los homenajes, precio de su debilidad, cultivaba en secreto en su corazón un sentimiento que debía expiar con tanto padecer. Habiéndose sabido su falta, se retiró á un monasterio: acudió Luis XIV á él, consiguió sacarla, y la hizo duquesa de la Vallière. Pero ni los hijos que tuvo de ella, ni su gracia, ni su dulzura pudieron fijar el voluble corazón del rey; pronto prefirió á ella madama Montespan, y cuando se quejó le contestó con frialdad, que su sinceridad no le permitía negárselo, y que sabía que un rey como él no quería ser incomodado. La Vallière volvió, pues, á concebir la idea de consagrarse á Dios, de cuya idea la había separado una pasión en la que la ambición había tenido muy poca parte. Había querido retirarse al campo; pero el rey no consintió en ello, con objeto de que casándose no quitase á sus hijos los suntuosos regalos que él la había hecho. Se encerró en las Carmelitas don-

de Bossuet pronunció un admirable discurso cuando tomó el hábito; Luis XIV la compadeció y la olvidó. Tenía entonces cuarenta años; y vivió observando aquella rigurosa regla, durmiendo en su ataúd, hasta la edad de setenta y cinco años. Cuando la anunciaron que su hijo había sido muerto: «Debo llorar su nacimiento, exclamó, mas bien que su muerte.»

Montespan, 1641-1707.—La que le reemplazó, Francisca de Mortemart, casada con el marqués de Montespan, era enteramente de otro carácter. Hermosa, espiritual, había llamado la atención del rey, más bien por sus dichos agudos que por sus encantos. Trató primero de sustraerse á sus seducciones; pero no habiendo sido secundada por su marido, sucumbió, y ocho hijos fueron el fruto de aquel doble adulterio. Madama de Montespan trató menos de cubrir el escándalo de su nacimiento que de asegurar su fortuna; además, lo que madama de la Vallière había evitado, ella lo procuró mezclándose en los asuntos de Estado: tuvo entrada en el consejo y emitió en él sus pareceres; además poseía la habilidad de cerrar los ojos á las infidelidades de su real amante, á quien una corte en la que se recompensaba el vicio ofrecía fáciles conquistas. Colbert se aseguró el afecto del amo, cubriendo lo mejor que pudo la clandestina fecundidad de la Vallière, y prestándose á las intrigas de Mad. de Montespan (16). ¡Tales eran los servicios en que empleaba el gran rey á sus ministros!

Esta ayunaba en secreto. Como la duquesa de Uzés se admirase de ello: «¿Por qué cometa una falta, contestó, he de cometer las demás?» No tenía la conciencia tranquila, y Luis XIV comenzaba también á tener alternativas de amor y devoción, lo cual hizo que la lucha entre el deber y la pasión continuase en él por espacio de varios años.

Inspiró á Luis XIV ó fomentó en él el amor á la magnificencia, refinó su gusto, favoreció á los literatos distinguidos y de verdadero mérito de aquella época, y con frecuencia dió al rey excelentes consejos. El poder que ejercía sobre él, y que le agradaba ostentar, procuraba á su orgullo

(16) En las obras del gran rey, t. V, pág. 576, se encuentra la carta siguiente:

«San German, en Laya, 15 de julio de 1778.

A M. Colbert.

«Sé que Montespan se permite palabras indiscretas. Es un loco que me agradaría no perdiérais de vista. Para que no tenga pretexto para permanecer en Paris, hablad á Novion, á fin de que el parlamento se apresure. Sé que ha amenazado á su mujer con visitarla. Como sería capaz de ello, y de temer las consecuencias, me fio de vos para que no pueda hablarla. No olvideis los detalles de este asunto, y sobre todo que salga de Paris lo más pronto posible.»

Lord Malden, miembro del parlamento inglés, y el célebre Fox prestaron á Jorge IV servicios del mismo género, sin deshonor para ellos, en atención á que se trataba de un rey. Véase las *Memorias* de mistress Robinson.

placeres que la ligaban más que su pasión: por eso se decía con razón que la Vallière amaba á Luis, y madama de Montespan al rey.

Maintenon, 1635-1719.—Si aquellas dos mujeres se hicieron célebres cediendo, otra cuya vida es una novela, no lo fué menos resistiendo. Francisca de Aubigné nació en las prisiones de Niort, en las que su padre, que pertenecía á la religión reformada, estaba preso por deudas; permaneció en ellas hasta la edad de tres años que su padre la llevó á la Martinica, á donde iba por no abjurar. De vuelta á Francia, en todo el brillo de la belleza y del talento, se hizo calvinista, después abrazó el catolicismo por fuerza. Como se encontraba en la mayor miseria, los que se interesaban por ella persuadieron á Scarron libertase de ella á aquella desgraciada, dándole su nombre. Scarron, á quien los celos habían hecho poeta, y los vicios enervado é impotente, vino á ser su esposo sin ser su marido. Introducida en la licenciosa compañía que recibía, en una edad en que el pudor sufre hasta con mostrarse ofendido, en una época en que las costumbres eran no sólo libres, sino corrompidas, brilló por su talento y sus modales; pero deseando conservar su reputación, usaba de la mayor reserva por no alentar á los galantes, ni proporcionar pretextos á la maledicencia (17). En una época en la que se hablaba de las mujeres con tanta ligereza (1661), no se decía nada contra madama Scarron, por el contrario, era tan alabada por su belleza como por su austeridad (18). Al morir le dijo Scarron: «Os dejo sin fortuna: la virtud no la proporciona: sin embargo sed siempre virtuosa.» (19)

Cuando lanzó el último suspiro, los que frecuentaban la casa desaparecieron, y dejaron á su viuda reducida á vivir con las limosnas de la parroquia en un solo cuarto con una criada. No por eso

(17) En los últimos días de su vida, escribía en sus conferencias con Saint-Cyr: «Las mujeres me amaban, porque era amable en sociedad, y me ocupaba más de las demás que de mí misma; los hombres me seguían, porque conservaba la belleza y gracias de la juventud. El gusto que se tenía en tratarme era más bien amistad general que amor.»

(18) Ninon cuando era ya vieja decía, hablando de ella: *En su juventud era virtuosa por su ánimo apocado; hubiera querido curarla de esto; pero temía demasiado á Dios.*

(19) Scarron sostuvo su carácter chistoso hasta el último momento. Acometido de un violento hipo, del que se creía que iba á morir: *Si vuelvo de él*, exclamó, *he de escribir una hermosa sátira contra el hipo*. Al ver á sus amigos llorar, en derredor de su cama, les dijo: *No os haré llorar tanto como os he hecho reír*. Compuso su epitafio que termina con estos versos:

Pasajero, no hagas ruido.
Por temor que me despierte;
Pues esta es la primer noche
Que el pobre de Scarron duerme.

dejó, en tan difícil condicion, de tener el mayor cuidado en conservar intacta su reputacion, su fdo. lo, en medio de tantos ataques. Ha escrito: «Nada es más precioso que una conducta irreprochable. Yo no quería ser amada en particular de nadie; quería serlo de todo el mundo, hacer que se repitiese mi nombre con elogio y respeto, obtener la estimacion de las personas honradas.»

Solicitó en vano mucho tiempo una pension, como viuda, de un hombre que había tenido alguna reputacion; sus amigos la introdujeron en diferentes casas de señores, donde desempeñaba pequeños servicios interiores, pidiendo leña, mandando se dispusiese el carruaje, y viendo si se preparaba la comida (20); y por la necesidad de agradecer, tuvo que aprender los modales de la buena sociedad. Llamada en fin por madama de Montespan para ser aya de sus bastardos, no aceptó sino á ruegos del rey, y por ser hijos de éste. Después de esto ya no le costó nada sujetarse á todo el bullicio de aquellos secretos. Con objeto de no avergonzarse cuando se la interrogaba en sociedad, se hacía sangrar. Los regalos que recibió del rey la pusieron en estado de poder comprar la tierra de Maintenon cuyo nombre adoptó.

A Luis XIV no agradó al principio esta aya, cuyo talento y virtud temía; pero esforzándose en convertir tanto á sí mismo como á su querida, reprimía los accesos de mal humor de ésta; y el rey, que le estaba reconocido, le concedía mayor confianza. Madama de Montespan, belleza imperiosa que no sabía resignarse á ver declinar su poder, concibió celos. Le era penoso verse precisada á ocultar unos amores que durante cierto tiempo se ostentaban á todo el mundo, y de esta manera se hacía menos querida del rey, cuya estimacion por Madama de Maintenon aumentaba diariamente y el cual decía: *Esta sabe amar; ¿qué placer más grande que ser amado por ella!* (21) Es cierto que los cargos de la una y los sermones de la otra no le impidieron entregarse á nuevos amores con la señorita de Fontanges. Pero cuando murió esta joven, había concluido ya el prestigio de madama de Montespan, y madama Maintenon fué la encargada de despedir á su rival.

Fué un terrible golpe para aquella mujer ambiciosa abandonar una corte en la que había dominado por espacio de trece años. Refugióse en la religion, y retirada en un convento donde se entregó á las maceraciones, al ejercicio de la beneficencia, humillándose hasta implorar el perdón de su marido, quien se lo negó como lo había hecho cuando una vergonzosa connivencia hubiera podido elevarle á las grandezas.

Luis XIV, cuyos sentidos estaban ya gastados, había tomado á su servicio á un empresario de baños que sabía comunicarle vigor. Madama de Main-

(20) Todavía no estaban en uso las campanillas.

(21) CAYLUS, *Deuxième entretien de Saint-Cyr.*

tenon se consideró como destinada por Dios á rescatarle de sus vicios; y en efecto, supo asegurarse su estimacion hasta tal grado, que concluyó por casarse con ella, sin ninguna distincion pública, pero con todas las de la intimidad. Louvois fué testigo de este matrimonio que juró el rey no publicar nunca. Así fué que cuando más tarde quiso declararle, el ministro se arrojó á sus piés suplicándole le diese muerte primero. Aquellos severos magistrados, aquellos prelados austeros que habían sufrido pacíficamente los adulterios de Luis, se indignaban como de un intolerable escándalo, con sólo la idea de que la viuda de Scaron, antigua compañera de cama de Ninon, pudiese sentarse en el trono de los Capetos; y los historiadores que encomiaron á Luis XIV, adúltero, no le perdonan cuando pide humildemente la bendicion por su matrimonio con una persona particular.

No había para ella secretos de Estado, y las conferencias se tenían en su gabinete: contestaba á los pretendientes que no podía nada, y fingía insuficiencia con el rey que muchas veces le pedía parecer diciendo: *¿Qué piensa vuestro talento?* Pero ella se había ya entendido con el ministro para fijar la voluntad real en la cosa ó persona que deseaba. Los ministros se veían obligados á usar con ella de grandes consideraciones, pues teniendo de continuo al rey á su lado, de ella dependía aprovecharse de la ocasion y derribarlos. De todos modos le era preciso mantener cierta reserva con respecto al amo, y evitaba manifestar una voluntad firme, y se inclinaba á la intriga. Pero cuando el rey se negaba á consentir en algo, se echaba á llorar, se hacía la enferma, y todo lo obtenía. La elevacion de la Maintenon equivalió sin embargo á un retiro; pues no recibía más que muy pocas señoras, éstas muy rara vez, y menos eran las que la visitaban. Escribía á madama de Maisonfort: «¡Que no pueda yo daros mi esperencial! Que no pueda hacerlos ver el fastidio que devora á los grandes y el trabajo que les cuesta pasar el tiempo! ¿No conocéis que me muero de tristeza en una fortuna que locamente desearian otras? Jóven y hermosa, he disfrutado de los placeres, he sido amada en todas partes; en una edad más madura he pasado algunos años cultivando el talento; he ascendido en favor y os protesto, mi querida hija, que todos los estados dejan un vacío espantoso (22).

Luis XIV amaba á madama de Maintenon, á

(22) Véase un juicio de una pluma, que no puede sospecharse de condescendencia:

«Para juzgar á Mad. de Maintenon debe uno preservarse de la parcialidad casi general de los escritores que hablan de ella. Había en la antigua monarquía una adoracion tan grande hácia Luis XIV, que si á veces se tenía que hacerle algun cargo, se trataba de echar la culpa á otros. Los hugonotes quisieron ver en Mad. de Maintenon á su perseguidora, los filósofos la convirtieron en una beata, y los quietistas y jansenistas la acusaron de todos sus sufrimientos, para no imputarlos al gran rey. Saint-Simon, en su orgullo

sus hijas y á su nuera; pero sólo por él, y á condicion de que no incomodase sus designios ni sus horas (23); quería que todos los que le rodeasen estuviesen saludables, alegres, dispuestos como él y prontos á soportar toda clase de fatiga. Ni enfermedad, ni debilidad, ni preñez, dispensaba á las damas de la corte, á sus hijas ni á sus queridas del deber de ir con corsé, á bailar, comer, pasearse en carruaje, al aire, al sol y sufriendo las lluvias si le agradaban. Que tuviese calentura ó jaqueca, madama de Maintenon debía asistir á la música, tenerse los consejos al lado de su cama, y como al rey le agradaba la ventilacion, abría todas las grandes ventanas. No quiso por ninguna razon diferir una partida de campo, ni dispensar de ella á su muy querida nuera, que se hallaba en cinta; en su consecuencia malparió, y cuando se anunció en la corte, todos temblaron pensando que no volvería á concebir: «¿Y aun cuando esto fuera, dijo, qué importa? ¿No tiene ya un hijo, y si muriese, el duque de Berry, no está ya en edad de casarse? Si ha malparido es porque estaba dispuesta á ello; no quiero ser contrariado en mis viajes ó en lo que quiero hacer, por dichos de médicos ó charlatanerías de parteras. Iré y volveré cuando me convenga, y que se me deje en paz.» (24) Al oír estas palabras, hasta los cortesanos se estremecieron.

Luis era tambien rey en sus amores, y obligó á la corte á inclinarse delante de sus bastardos; pero hasta el escándalo debía ser privilegio real, queriendo que los excesos de los demás permaneciesen ocultos. Y aquí se ve palpablemente lo que Saint-Simon dice que: «el rey era una especie de divinidad en medio del cristianismo,» porque sus errores fueron venerados lo mismo que él. Los contemporáneos respetaban lo que no habrían imitado: la Sevigné no usó ni siquiera una palabra de desaprobacion; sus amores eran presentados en el teatro bajo formas heroicas no sólo por Molière, sino hasta por el devoto Racine, y por esta razon sus contemporáneos se hicieron cómplices de sus faltas en el mero hecho de aprobar estas obras. Sus contemporáneos, poniendo toda su atencion en la parte dogmática de la religion más bien que en la moral, tenían en más las exterioridades que la

de duque y par, no podía perdonar á la viuda de Scaron haber sido la mujer del rey de Francia. Considerando sin embargo á la nobleza, la nieta del amigo y del compañero de Enrique IV, era de mejor nacimiento que el hijo del escudero de Luis XIII. La misma Mad. de Maintenon deja conocerse en sus cartas. Su modestia, su ninguna pretension á toda clase de categoria, su reserva, su aversion á los asuntos y al crédito, su imparcialidad, su continua atencion á no decir ningun mal de nadie, forman un extraño contraste con las preocupaciones que sus enemigos se esfuerzan en propalar contra ella.» (SISMONDI, *Historia de los franceses*, t. XXVII, 187).

(23) Escribió á Felipe V: *No tengais nunca cariño á nadie.*

(24) SAINT-SIMON.

virtud y el deber. El cristianismo entraba en la existencia de entonces como una ceremonia, que tenía sus horas fijas y servía para pasar el tiempo: se asistía al sermón como al teatro (25). Colbert era devoto: hizo imprimir un breviario para su familia y le recitaba cuando viajaba. No vaciló sin embargo en robar á la señorita la Vallière del monasterio de Chaillot para entregarla á Luis XIV. La devocion era muy agradable á la corte (hablamos de los primeros tiempos); en cuaresma había conciertos *espirituales*, corridas de caballos, comedias representadas por los mejores actores; y con frecuencia, la diversion no concluía hasta en el momento del sermón. Cuando Luis XIV se hizo devoto, la corte tomó el mismo aspecto, y cubrió con la hipocresía sus desórdenes.

Refiere Saint-Simon que Luis XIV no dejó de oír misa más que una sola vez en toda su vida. Asistía á ella de rodillas, escepto en el Evangelio, rezando el rosario, pues no sabía otra cosa. Observaba con todo rigor la vigilia, y al acercarse la cuaresma dirigía una exhortacion á su corte, prohibiendo dar de comer de carne á cualquiera que fuese; en 1666 se espresa de esta manera: «En atencion á que nada puede atraer tanto las bendiciones del cielo sobre nosotros y sobre nuestro Estado como hacer observar los santos mandamientos, y castigar á los que llegan al exceso de blasfemar, jurar y detestar su santo nombre...» y en su consecuencia da sus órdenes. Viendo que no son observadas, las repite más rigorosas contra los que blasfeman, ó profieren alguna palabra en contra del honor de la Santísima Virgen y de los santos. «Queremos, dice, que el convicto de ello sea castigado por la primera vez, con una multa proporcionada á sus bienes y á la enormidad de la blasfemia, de la cual las dos terceras partes se apliquen á los hospitales ó á las iglesias y la otra al denunciador. Los que vuelvan á incurrir serán condenados por segunda, tercera y cuarta vez á una multa

(25) Mad. de Sevigne dijo: «El padre Bourdaloue predica, ¡Dios mió! no hay elogio que iguale á su mérito.—Mascaron y Bourdaloue me proporcionan alternativamente *placeres y satisfacciones* que lo menos deben volverme santa.—De esta manera, digo algo bueno de mí, aunque sea de paso, y pido perdón á Mascaron y Bourdaloue. Todas las mañanas oigo á uno ó á otro; una cuarta parte de las maravillas que dicen debía hacer una santa.—Si voy á una opereta de Molière que se canta en Pelissari, es una música admirable... No hay más que uno ó dos bailes en París en todo el carnaval, se han visto algunas máscaras, pero pocas. Reina una gran melancolia... El padre Bourdaloue ha predicado un sermón que ha arrebatado á todo el mundo; de un vigor que ha hecho temblar á todos los cortesanos. Nunca predicador de Evangelio predicó con tanta libertad y generosidad las verdades cristianas. Quería demostrar que todo poder debía someterse á la ley, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor que fué presentado al templo. Puedo decirte, hija mia, que se ha elevado hasta el colmo de la perfeccion, y que ha tratado ciertos pasajes como lo hubiera hecho el apóstol san Pablo.